

Po. 2168

A66

S6

1834



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

EL PADRE GORIOT

Al grande é illustre

Geoffroy - Saint-Hilaire

*como testimonio de la admiración
que siente por sus obras y su genio*

De Balzac.

La señora Conflans de Vauquer, llamada generalmente señora Vauquer, es una anciana que hace cuarenta años que tiene establecida en París una casa de huéspedes en la calle Nueva de Santa Genoveva, entre el barrio latino y el arrabal San Marcelo. Esta casa de huéspedes, conocida por el nombre de la casa Vauquer, admite igualmente hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sin que la maledicencia haya atacado nunca las costumbres de este respetable establecimiento. Bien es verdad que hacía treinta años que no se había visto allí ninguna joven, y, para que un joven viviese, era preciso que fuese muy escasa la pensión que le pasase su familia. Sin embargo, en 1819, época en que comienza este drama, ocupaba la tal posada una pobre muchacha. Por grande que

80808

sea el descrédito en que ha caído la palabra drama, á causa de la manera abusiva y enrevesada con que ha sido prodigada durante estos tiempos de dolorosa literatura, es necesario emplearla aquí, no porque esta historia sea dramática en el verdadero sentido de la palabra, sino porque, una vez terminada la obra, tal vez se hayan derramado algunas lágrimas *intra muros* y *extra*. ¿Será comprendida fuera de París? Puede uno permitirse dudarlo. Las particularidades de esta escena llena de observaciones y de colores locales, sólo pueden ser apreciadas entre las colinas de Montmartre y las alturas de Montrouge, en aquel ilustre valle lleno de cascotes y de arroyos turbios por el barro; valle lleno de sufrimientos reales, de alegrías generalmente falsas y tan terriblemente agitado, que se necesita un no sé qué de exorbitante para que se produzcan allí sensaciones de alguna duración. Sin embargo, se encuentran allí, desparramados aquí y allá, dolores que la aglomeración de los vicios y de las virtudes hace grandes y solemnes, y ante ellos los egóismos y los intereses se detienen y se apiadan. Mas esta impresión es como un fruto sabroso devorado con rapidez. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jaggernat, retrasado apenas por un corazón menos fácil de conmover que los otros, no tarda en sobreponerse á su emoción y en continuar su gloriosa marcha. Así haréis vosotros, los que tenéis este libro en vuestras blancas manos y os hundís en un blando sofá, diciéndoos: «Tal vez este libro me distraerá.» Después de haber leído los secretos infortunios del padre Goriot, comeréis con apetito, achacando vuestra insensibilidad al autor, tachándole de exagerado y acusándole de ro-

mántico. ¡Ah! sabedlo, este drama no es una ficción ni una novela, es un caso verdadero, cuyos elementos puede reconocer cada uno en su casa y tal vez en su corazón.

La morada en que está establecida la posada, pertenece á la señora Vauquer y está situada en la parte baja de la calle Nueva de Santa Genoveva, en aquel lugar en que el terreno descende hacia la calle del Arbaleté por una pendiente tan brusca y tan ruda, que rara vez la suben los caballos. Esta circunstancia favorece el silencio que reina en aquellas calles comprendidas entre la iglesia de Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera, comunicándole tonos amarillentos y sombreándola con los severos tintes que proyectan sus cúpulas. Allí las aceras están secas, los arroyos no tienen barro ni agua, y la hierba crece á lo largo de los muros. El hombre más indiferente se entristece en aquel lugar en que el ruido de un coche se convierte en un acontecimiento, en que las casas son tristes y en que las paredes huelen á cárcel. Un parisiense extraviado no vería allí más que casas de huéspedes ó instituciones, miseria ó aburrimiento, vejez que muere y juventud alegre que se ve obligada á trabajar. Ningún barrio de París es más horrible ni más desconocido. La calle Nueva de Santa Genoveva, sobre todo, es como un marco de bronce, único que conviene á este relato para el que nunca estará bien preparada la inteligencia, por muchas ideas graves y colores oscuros que la llenen: así es que, de peldaño en peldaño, la claridad disminuye y el canto del conductor se apaga cuando el viajero descende á las catacumbas. ¡Comparación verdadera! ¿Quién deci-

dirá qué espectáculo es más horrible, si el que ofrecen los corazones disecados ó los cráneos vacíos?

La fachada de la posada da á un jardinito, de suerte que la casa forma un ángulo recto con la calle Nueva de Santa Genoveva, desde donde se ve en toda su profundidad.

Á lo largo de esta fachada, y entre la casa y el jardín, se ve un empedrado acanalado de una toesa de ancho, ante el cual existe un paseo enarenado provisto de geranios, de laureles, rosas y de granados plantados en grandes tiestos de porcelana azul y blanca. Se entra en este paseo por una puerta de dos hojas, en cuya parte superior se lee este letrero: CASA VAUQUER, y debajo: *Posada para ambos sexos y otros*. Durante el día, una puerta con claraboya, armada de una campanilla, deja ver, al extremo de la acera la pared opuesta á la calle, un arco pintado de color mármol verde por un artista de barrio; y debajo de este arco se eleva una estatua representando el Amor. Por el barniz que lo cubre, los aficionados á símbolos venían en esta pintura un mito del amor parisiense que se cura á pocos pasos de allí. Bajo el zócalo, esta inscripción medio borrada recuerda la época á que se remonta este adorno por el entusiasmo que denota por Voltaire, que entró en París en 1777:

Quien quiera que seas, he aquí tu dueño,
Que lo es, lo fué ó debe serlo.

Al obscurecer, la puerta con claraboya es reemplazada por una puerta completa. El jardinito, tan ancho como larga la fachada, está cerrado por el muro de la

calle y por la pared medianera de la casa vecina, á lo largo de la cual cuelga un manto de yedra que la cubre por completo y atrae las miradas de los transeuntes por su efecto, que resulta pintoresco en París. Á lo largo de cada pared, se ve un estrecho paseo que conduce á una bóveda de tilos, palabra ésta que la señora Vauquer pronuncia obstinadamente *tillos*, no obstante apellidarse Confians y á pesar de las observaciones gramaticales de sus huéspedes. Entre los dos paseos laterales hay un cuadro de alcachofas rodeado de árboles frutales, de acederas, lechugas ó perejil. En el cubierto de tilos hay una mesa redonda pintada de verde, rodeada de asientos. Allí, durante los días de calor, los huéspedes bastante ricos para permitirse el lujo de tomar café, van á saborearlo en medio de un calor capaz de incubar huevos. La casa, de tres pisos y rematada en buhardillas, está construída con morrillos y embadurnada de ese color amarillo que da un carácter innoble á casi todas las casas de París. Las cinco ventanas que se ven en cada piso tienen vidrios pequeños y están provistas de celosías todas diferentes; de manera que sus líneas contrastan entre sí. La profundidad de aquella casa sólo da espacio para dos ventanas, que en el piso bajo tienen por adorno barrotes de hierro entrelazados. Detrás del edificio existe un patio de unos veinte pies de ancho, donde viven en buena inteligencia cerdos, gallinas y conejos, y en el fondo de la cual se levanta un cobertizo para guardar la leña. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina se halla la despensa, bajo la cual caen las aguas de la fregadera. Aquel patio tiene una puerta estrecha que da á la calle Nueva de Santa Genoveva,

puerta por donde la cocinera arroja la basura de la casa, teniendo que limpiar aquella sentina con gran refuerzo de agua, so pena de pestilencia.

El piso bajo, destinado, como es natural, á la explotación de la posada, se compone de una primera pieza iluminada por las dos ventanas de la calle, y en la cual se entra por una puerta vidriera. Este salón se comunica con un comedor que está separado de la cocina por la caja de la escalera, cuyos peldaños son de madera y de ladrillos. Nada es más triste que aquel salón amueblado con sofás y sillas tapizadas de tela á rayas mate y relucientes alternativamente. En medio se ve un centro con piedra de mármol, que soporta una de esas bandejas de porcelana blanca que se encuentran hoy en todas partes. Esta habitación, bastante mal entarimada, tiene zócalos de madera, y el resto de la pared está tendido con un papel que representa las principales escenas de Telémaco. El testero comprendido entre las dos ventanas enrejadas ofrece á los huéspedes la pintura del festín dado por Calipso al hijo de Ulises. Hace cuarenta años que esta pintura es objeto de las bromas de los jóvenes huéspedes, los cuales se creen superiores á su posición burlándose de la comida á que les condena su miseria. La chimenea de piedra, cuyo hogar limpio siempre demostraba que no se encendía fuego en ella más que en las grandes ocasiones, estaba adornada de dos floreros con flores artificiales viejas que hacían compañía á un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor sin nombre en el idioma y que sería preciso llamar *olor á posada*; huele á encerrado, á enmohecido, á rancio; da frío, pe-

netra las ropas, tiene el gusto de una sala donde se ha comido y hiede á hospicio. Tal vez podría describirse si se inventase un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que despiden las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped, sea joven ó viejo. Pues bien, no obstante estos horrores, si comparaseis aquella habitación con el comedor que le es contiguo, la encontraríais elegante y perfumada como el gabinete de una dama. Aquel comedor, tapizado por completo de madera, fué pintado de un color, indistinto hoy, que forma un fondo sobre el cual la grasa ha impreso sus capas de tal modo, que forma extravagantes figuras. Está amueblado con armarios grasientos, en los cuales se ven garrafas festonadas y pilas de platos de porcelana con bordes azules, fabricados en Tournay. En un ángulo se halla una caja con compartimientos numerados que sirven para guardar las servilletas manchadas ó vinosas de cada huésped. Se encuentran allí muebles indestructibles proscritos de todas partes, pero que moran allí cual los despojos de la civilización en los Incurables. Veréis allí un barómetro con un capuchino que sale cuando llueve, grabados execrables que quitan el apetito, un reloj de concha incrustado en cobre, una estufa pintada de verde, quinqués de Arganda donde el polvo se combina con el aceite, una gran mesa cubierta con tapete de hule bastante grasiento para que cualquiera pueda escribir en él su nombre sirviéndose del dedo como de estilo, unas sillas medio rotas, pequeñas alfombras de estera que se van gastando sin romperse nunca y miserables braseros cuya madera está medio carbonizada. Para

explicar cuán viejo, estropeado, podrido, temblón, roído, manco, tuerto, inválido y expirante estaba aquel mueblaje, sería preciso hacer una descripción que retardaría demasiado el interés de esta historia y que tal vez no soportarían las personas impacientes. El pavimento, de ladrillo, está lleno de valles causados por el frote. En una palabra, que allí reina la miseria sin poesía, una miseria económica, concentrada y rapada que, si no tiene fango aún, tiene manchas; que si no tiene agujeros ni andrajos, no tardará en caer de podredumbre.

Á las siete de la mañana, hora en que el gato de la señora Vauquer precede á su ama, salta sobre los armarios, olfatea la leche que contienen varias jarras cubiertas con platos, y deja oír su *ru ru* matinal, aquella pieza está en todo su esplendor. La viuda no tarda en presentarse cubierta con su gorro de tul, bajo el cual cuelga un moño postizo, arrastrando sus agrietadas zapatillas. Su faz vieja y regordeta, de cuyo centro sale una nariz en forma de pico de loro; sus manitas rollizas; su persona rechoncha, y su cuerpo demasiado carnoso está en armonía con aquella sala que destila desgracia, que sirve de asiento á la especulación y cuyo aire fétido es respirado por la señora Vauquer sin causarle náuseas. Su cara, fresca como una primera helada de otoño; sus ojos arrugados, cuya expresión pasa de la sonrisa prescrita á las bailarinas al amargo ceño del usurero; en una palabra, toda su persona explica la posada, como la posada implica su persona. El presidio no marcha sin el capataz, y no podríais imaginaros el uno sin el otro. La gordura fofa de aquella mujercita es el producto de su vida, del mismo modo que el ti-

fus es la consecuencia de las exhalaciones de un hospital. Su falda, de punto de lana, que cubre su primer refajo hecho de una falda vieja, resume el salón, el comedor y el jardineito, anuncia la coema y hace presentir los huéspedes. Cuando ella está allí el espectáculo es completo. La señora Vauquer, que tiene unos cincuenta años, se parece á todas las mujeres que *han tenido desgracias*, tiene los ojos vidriosos y el aire inocente de una alcahueta que se invita para que le paguen más caro, pero que por lo demás, se presta á todo para mejorar su suerte. Sin embargo, *en el fondo es buena*, según dicen los huéspedes, que la creen desprovista de fortuna al oír la gemir y toser como ellos. ¿Quién había sido el señor Vauquer? La viuda no se explicaba nunca respecto al difunto. ¿Cómo había perdido él su fortuna? En las desgracias—respondía ella.—El muerto se había portado mal con ella; no le había dejado más que los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecerse de ningún infortunio, porque, según ella, había sufrido todo lo que es posible sufrir. Al oír que su ama estaba levantada, la gruesa Silvia, la cocinera, se apresuraba á servir el almuerzo á los huéspedes internos.

Generalmente, los huéspedes externos sólo se abonaban á la comida, que costaba treinta francos al mes. En la época en que comienza esta historia, los internos eran siete. El primer piso contenía las dos habitaciones mejores de la casa. La señora Vauquer ocupaba la menos considerable, y la otra pertenecía á la señora Couture, viuda de un comisario ordenador de la República francesa, que tenía consigo á una joven llamada Victorina

Taillefer, á quien servía de madre. El hospedaje de estas dos señoras ascendía á mil ochocientos francos. Las dos habitaciones del segundo estaban ocupadas, la una por un anciano llamado Poiret, y la otra por un hombre de unos cuarenta años de edad que llevaba una peluca negra, se teñía las patillas, decía ser antiguo negociante y se llamaba el señor Vautrín. El tercer piso se componía de cuatro cuartos, dos de los cuales estaban alquilados, el uno por una vieja dama llamada la señorita Michonneau, y el otro por un antiguo fabricante de fideos, de pastas de Italia y de almidón, á quien llamaban el padre Goriot. Los otros dos cuartos estaban destinados á las aves de paso, á esos infortunados estudiantes que, al igual que el padre Goriot y que la señorita Michonneau, sólo pueden gastar cuarenta y cinco francos al mes en alimentación y albergue, por lo cual la señora Vauquer deseaba poco su presencia y sólo los tomaba cuando no había otra cosa, pues, según ella, comían demasiado pan. En este momento, uno de estos dos cuartos estaba ocupado por un joven llegado á París de los alrededores de Angulema para estudiar la carrera de derecho; joven cuya familia se sometía á las más duras privaciones á fin de enviarle mil doscientos francos al año. Eugenio de Rastignac, que así se llamaba el tal, era uno de esos jóvenes amoldados al trabajo por la desgracia, que comprenden desde la más tierna edad las esperanzas que sus padres tienen cifradas en ellos, y que se preparan para un hermoso porvenir, calculando ya el alcance de sus estudios y adaptándolos de antemano al movimiento futuro de la sociedad para ser los primeros en dominarla. Sin sus curiosas observaciones

y sin la astucia con que supo obrar en los salones de París, este relato tal vez carecería de los tonos verdaderos que deberá á su espíritu sagaz y á su deseo de penetrar los misterios de una situación espantosa y oculta cuidadosamente, lo mismo por aquellos que la habían creado que por el que la sufría.

Encima de este tercer piso había un granero para tender ropa y dos buhardillas donde dormían un criado llamado Cristóbal y la cocinera Silvia. Además de los siete huéspedes internos, la señora Vauquer tenía, un año con otro, ocho estudiantes de derecho ó de medicina y dos ó tres parroquianos que vivían en el barrio y que sólo se abonaban á la comida. El comedor tenía cabida para diez y ocho personas y podía admitir una veintena; pero por la mañana lo ocupaban siete, cuya reunión durante el almuerzo ofrecía el aspecto de una comida de familia. Bajaban todos en zapatillas, se permitían observaciones confidenciales acerca de la indumentaria ó del carácter de los externos y sobre los acontecimientos de la noche precedente, expresándose con la confianza propia de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, la cual les medía con exactitud de astrónomo los cuidados y las consideraciones, según la cifra de sus respectivas pensiones. Aquellos seres, reunidos por la casualidad, estaban afectados de un mismo grado de aprecio. Los dos huéspedes del segundo no pagaban más que setenta y dos francos al mes. Esta baratura, que no se encuentra más que en el arrabal de San Marcelo entre la Bourbe y la Salpetriere, y del que sólo era una excepción la señorita Couture, anunciaba que

aquellos sujetos debían estar bajo el peso de desgracias más ó menos aparentes. Asimismo, el espectáculo desolador que ofrecía el interior de aquella casa se repetía en los trajes igualmente deteriorados de sus habitantes. Los hombres llevaban levitas cuyo color se había hecho problemático, calzado como el que se encuentra en las calles de los barrios elegantes, ropa blanca repasada y trajes que no tenían más que el alma. Las mujeres llevaban vestidos pasados, reteñidos y desteñidos, encajes remendados, guantes gastados por el uso, gorgueros siempre rojos y manteletas deshilachadas. Mas si las ropas eran tales, en cambio los cuerpos mostraban contexturas sólidas y constituciones privilegiadas que habían resistido las tempestades de la vida, y caras frías, duras y gastadas como las de las monedas antiguas. Sus bocas marchitas estaban armadas de dientes ávidos. Aquellos huéspedes hacían presentir dramas realizados ó en acción, pero no dramas representados á la luz de las arañas entre bastidores, sino dramas positivos y mudos, dramas helados que conmovían el corazón, dramas continuos.

La solterona Michonneau llevaba sobre sus cansados ojos una grasienta visera de tafetán verde ribeteado de un hilo de alambre que hubiera asustado al ángel de la piedad. Su chal con franjas deshilachadas parecía cubrir un esqueleto; tan angulosas eran las formas que cubría. ¿Qué ácido había despojado á aquella criatura de sus formas femeninas? Debía haber sido bonita y bien hecha; ¿había sido el vicio, las penas ó la avaricia? ¿Había amado demasiado ó había traficado con el amor? ¿Expiaba los triunfos de una juventud insolente, antici-

pando con los placeres una vejez que ahuyentaba á los voluntariosos? Su mirada descolorida causaba frío, su cara desmirriada amenazaba, y tenía la voz chillona de la cigarra que canta en su matorral al aproximarse el invierno. Decía que había estado al cuidado de un anciano señor afectado de un catarro á la vejiga y abandonado por sus hijos, que le creyeron sin recursos. Este anciano le había legado mil francos de renta que le disputaban periódicamente los herederos, de cuyas calumnias era víctima. Aunque el fuego de las pasiones hubiese estragado su cara, se veían en ella ciertos vestigios de una blancura y de una finura en los tejidos que permitían suponer que el cuerpo conservaba aún algunos restos de belleza.

El señor Poiret era una especie de mecánico. Viéndole deslizarse como una sombra á lo largo de un paseo del jardín de plantas, cubierto con una mala gorra, llevando en la mano su bastón con puño de marfil, dejando flotar los descoloridos faldones de su levita que ocultaban apenas un pantalón casi vacío, y mostrando su chaleco blanco sucio y su pechera planchada, que se unía imperfectamente á su corbata arrollada á su cuello de pavo, muchas gentes se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía á la raza audaz de los hijos de Jafet, que pululaba por el bulevar Italiano. ¿Qué trabajo podía haberle avellanado de aquel modo? ¿Qué pasión había alterado su faz bulbosa que, dibujada en caricatura, hubiera parecido inverosímil? Que ¿qué había sido? tal vez empleado del ministerio de Justicia, en las oficinas adónde los magistrados envían sus memorias de costas, la cuenta de las provisio-

nes de velos negros para los parricidas, de salvado para los cestos y de bramante para los cuchillos. Tal vez había sido recaudador en las puertas de algún matedero ó subinspector de salubridad. En fin, aquel hombre parecía haber sido uno de los asnos de nuestro molino social, algún eje sobre el cual habían girado los infortunios ó las cochinas públicas; en una palabra, uno de esos hombres que nos hacen exclamar: «Sólo puede servir para algo así.» El París elegante no conoce estas figuras, lívidas por los sufrimientos morales ó físicos; pero París es un verdadero océano: arrojad en él la sonda y nunca lograréis encontrar fondo. Recorredlo, describidlo; por mucho cuidado que pongáis en recorrerlo y describirlo, veréis que por numerosos é interesados que sean los exploradores de este mar, siempre se encontrará algún lugar virgen, algún antro desconocido, flores, perlas, monstruos, algo inaudito y olvidado por los buzos literarios. La casa Vauquer es una de estas curiosas monstruosidades.

Dos figuras formaban allí un notable contraste con la mesa de los huéspedes y de los asíduos concurrentes. Aunque la señorita Victorina Taillefer tuviese una blancura enfermiza semejante á la de las muchachas atacadas de clorosis, y aunque participase del sufrimiento general que constituía el fondo de aquel cuadro, con su tristeza habitual, con su actitud tímida y sus aires pobres y raquíticos, sin embargo su cara no era vieja y sus movimientos y su voz eran ágiles. Aquella muchacha desgraciada parecía un arbusto con hojas amarillas, recientemente plantado en un terreno contrario. Su fisonomía lívida, sus cabellos de un color rubio

amarillento y su talle demasiado delgado expresaban esa gracia que los poetas modernos encuentran en las estatuas de la Edad media. Sus ojos grises, mezclados de negro, denotaban una dulzura y una resignación cristianas. Sus ropas sencillas y de poco valor cubrían formas jóvenes aún. Victorina resultaba bonita por yuxtaposición; feliz hubiera sido encantadora, pues la dicha es la poesía de las mujeres, como el tocado su disfraz. Si la alegría de un baile hubiera reflejado sus rosados tintes sobre aquel rostro pálido; si las dulzuras de una vida elegante hubiesen llenado aquellas mejillas un tanto hundidas; si el amor hubiese reanimado aquellos ojos tristes, Victorina hubiera podido competir con las muchachas más guapas. Le faltaba lo que crea por segunda vez á la mujer, los trapillos y las cartas amorosas. Su historia podía dar materia para escribir un libro. Su padre creía tener razones para no reconocerla, se negaba á tenerla á su lado, le pasaba seiscientos francos anuales, y había desnaturalizado su fortuna á fin de poder transmitirla por entero á su hijo. Parienta lejana de la madre de Victorina, que había ido á morir desesperada á su casa, la señora Couture cuidaba de la huérfana como si fuese hija suya. Desgraciadamente, la viuda del comisario ordenador de los ejércitos de la República no poseía nada en el mundo, más que su viudedad y su pensión, y podía dejar algún día á aquella pobre muchacha sin experiencia y sin recursos á merced del mundo. La pobre mujer llevaba á Victorina á misa todos los domingos y á confesar cada quince días, á fin de hacer de ella una muchacha piadosa. Tenía razón: los sentimientos religiosos ofrecían un por-

venir á aquella muchacha abandonada que amaba á su padre, que se encaminaba todos los años á casa de éste para lograr el perdón de su madre, pero que se acurrucaba todos los años á la puerta de la casa paterna, cerrada inexorablemente para ella. Su hermano, su único mediador, no había ido á verla ni una sola vez en cuatro años ni le enviaba ningún socorro, y ella, la pobre, rogaba á Dios que abriese los ojos á su padre y enterneciese el corazón de su hermano, rezando por ellos sin acusarles. La señora Couture y la señora Vauquer no encontraban palabras bastantes en el diccionario de las injurias para calificar tan bárbara conducta; pero cuando maldecían á aquel millonario infame, Victorina pronunciaba palabras cariñosas semejantes al canto de la paloma torcaz herida, cuyo grito de dolor denota todavía dulzura.

Eugenio de Rastignac tenía un rostro completamente meridional, tez blanca, cabellos negros y ojos azules. Sus modales, sus maneras y su actitud habitual denotaban al hijo de una familia noble, cuya primera educación había sido saturada de tradiciones de buen gusto. Si cuidaba la ropa, si los días de labor acababa de gastar las ropas del año anterior, sin embargo algunas veces podía salir vestido como un joven elegante. Ordinariamente llevaba una levita vieja, un mal chaleco, la corbata negra, lustrosa y mal hecha del estudiante, un pantalón también usado y botas remendadas.

Entre estos dos personajes y los demás, servía de transición Vautrín, el hombre de cuarenta años, con patillas teñidas, el cual era uno de esos sujetos que hacen decir á la gente del pueblo: *¡Vaya un tipo!* Tenía

anchas espaldas, busto bien desarrollado, músculos aparentes y manos gruesas, cuadradas y provistas en las falanges de abundante vello de un color rojo vivo. Su cara, surcada por prematuras arrugas, ofrecía señales de dureza que desmentían sus modales insinuantes y atentos. Su voz de bajo cantante, en armonía con su buen humor, resultaba agradable. Era muy servicial y muy risueño. Si alguna cerradura iba mal, él la desmontaba en seguida, le daba aceite, la limaba, y la volvía á poner diciendo: *Yo entiendo de esto.* Por otra parte, él era entendido en todo: los buques, el mar, Francia, el extranjero, los hombres, los negocios, los acontecimientos, las leyes, los palacios y las cárceles. Si alguno se quejaba demasiado, él le ofrecía inmediatamente sus servicios, y algunas veces le había prestado dinero á la señora Vauquer y á algunos huéspedes; pero sus deudores se hubieran muerto antes que dejar de devolvérselo; tan grande era el temor que inspiraba con sus miradas profundas y llenas de resolución, no obstante su aire de buen hombre. La manera que tenía de escupir, anunciaba una sangre fría imperturbable y una resolución de esas que no reculan ante un crimen para salir de una posición sospechosa. Como un juez severo, su mirada parecía penetrar el fondo de todas las cuestiones, de todas las conciencias y de todos los sentimientos. Sus costumbres consistían en salir después de almorzar, volver á comer, salir una vez haber comido y retirarse á eso de las doce de la noche, entrando en la casa con un llavín que le había confiado la señora Vauquer. Él era el único que gozaba de este favor; pero también hay que advertir que estaba con ella en la mejor inte-

ligencia y que la llamaba mamá cogiéndola por el talle. ¡Halago incomprensible! La buena mujer creía que aún era cosa fácil estrecharle el talle, siendo Vautrín el único que tenía los brazos bastante largos para estrechar tan enorme circunferencia. Un rasgo de su carácter consistía en pagar generosamente quince francos al mes por el café con aguardiente que tomaba después de comer. Gentes menos superficiales que aquellos jóvenes absorbidos por los torbellinos de la vida parisiense ó que aquellos ancianos indiferentes á lo que no les tocaba directamente, no se habrían conformado con la impresión dudosa que les causaba Vautrín. Éste sabía ó adivinaba los asuntos de los que le rodeaban; mientras que nadie podía penetrar los pensamientos ni sus ocupaciones. Aunque él emplease su aparente honradez, su constante complacencia y su alegría, como una barrera entre los demás y él, muchas veces dejaba ver la asombrosa profundidad de su carácter. Frecuentemente, una salida digna de Juvenal, con la cual parecía complacerse en escarnecer las leyes, en azotar á la elevada sociedad y en acusarla de inconsecuencia consigo misma, debía hacer suponer que guardaba rencor al estado social, y que existía en el fondo de su vida algún misterio cuidadosamente oculto.

Atraída, tal vez sin saberlo, por la fuerza del uno ó por la belleza del otro, la señorita Taillefer repartía sus miradas furtivas y sus pensamientos secretos entre este cuadragenario y el joven estudiante; pero ni uno ni otro parecían pensar en ella, aunque pudiese llegar un día en que la casualidad cambiase su posición y la convirtiese en un rico partido. Por otra parte, ninguna de

aquellas personas se tomaba el trabajo de examinar si las desgracias alegadas por sus compañeros de posada eran falsas ó verdaderas. Todos sentían una mística indiferencia, mezclada de desconfianza, que resultaba de sus situaciones respectivas, sabían que eran impotentes para aliviar sus penas, y relatándose las unos á otros habían agotado ya la copa de las lamentaciones. Semejantes á un matrimonio viejo, no tenían ya nada que decirse, y sólo existían entre ellos las relaciones de una vida mecánica. Todos podían pasar impávidos por delante de un ciego, escuchar sin emoción el relato de un infortunio, y ver en una muerte la solución de un problema de miseria que les hacía permanecer fríos ante la más terrible agonía. De todas aquellas almas desoladas, la más feliz era la señora Vauquer, que reinaba en aquel hospicio libre, y que consideraba como lugar frondoso y ameno aquel jardinito que el silencio y el frío, la humedad y la sequía, convertían en una estepa. Sólo para ella tenía delicias aquella casa amarilla y triste que olía á humedad y á miseria. Aquellos calabozos le pertenecían, y ella alimentaba á aquellos forzados adquiridos á costa de grandes trabajos, ejerciendo sobre ellos una autoridad respetada. ¿Dónde hubieran encontrado aquellos pobres seres alimentos sanos y suficientes, y una habitación, si no elegante y cómoda, al menos limpia y saludable, por el precio que ella se los daba? Aunque se hubiera permitido una injusticia manifiesta, la víctima la hubiera soportado sin quejarse.

Una reunión semejante tenía que ofrecer y ofrecía en pequeño los elementos de una sociedad completa. Entre los diez y ocho convidados se encontraba, como

en los colegios y en el mundo, una pobre criatura rechazada, un *súfrela todo*, sobre el cual llovían las bromas. Á principios del segundo año, aquella figura pasó á ser, para Eugenio de Rastignac, la más saliente de todas aquellas en cuya compañía estaba condenado á vivir aún dos años más. Aquel *hazme reir* era el antiguo fabricante de fideos, el padre Goriot, en el cual hubieran fijado sus miradas lo mismo un pintor que un historiador. ¿Por qué casualidad recaía en el huésped más antiguo aquel desprecio rencoroso, aquella persecución mezclada de piedad y aquella falta de respeto á la desgracia? ¿Había dado él lugar á esta conducta con alguna de esas ridiculeces ó extravagancias que castiga el mundo con más severidad que si fueran vicios? Estas preguntas tienen su razón de ser en ciertas injusticias sociales. Tal vez existe en la naturaleza humana una tendencia á hacerles soportar todo á aquellos que todo lo sufren por humildad verdadera, por debilidad ó por indiferencia. ¿No gustamos todos de probar nuestra fuerza á expensas de alguien ó de algo? El ser más débil, el chiquillo, llama á todas las puertas cuando hiela, ó se encarama para escribir su nombre en un monumento virgen.

El padre Goriot, anciano de unos sesenta y nueve años, se había retirado á la casa de la señora Vauquer en 1813, después de haber abandonado los negocios. Al principio había tomado la habitación ocupada por la señora Couture, y pagaba mil doscientos francos de hospedaje, como hombre para quien resultaba una bagatela cinco luises más ó menos. La señora Vauquer había arreglado los tres cuartos de aquella habitación

mediante una indemnización previa, que sirvió para pagar el valor de un mal mobiliario compuesto de cortinas de algodón amarillo, sofás de madera barnizada cubiertos de terciopelo de Utrech, algunas pinturas á la cola y papeles que no hubieran admitido las tabernas del barrio. La indiferente generosidad que empleó en dejarse atrapar el padre Goriot, que por aquella época era llamado respetuosamente el señor Goriot, contribuyó tal vez á que le considerasen como un imbécil que no entendía los negocios. Goriot llegó muy bien provisto de ropa, llevando el magnífico ajuar del negociante que no se priva de nada al retirarse del comercio. La señora Vauquer había admirado diez y ocho camisas de Holanda, cuya finura resultaba tanto más notable, cuanto que el fabricante de fideos llevaba en su pechera dos ricos botones de oro provistos de sendos diamantes. Vestido habitualmente con levita azul, se ponía todos los días un chaleco limpio de piqué blanco, bajo el cual fluctuaba su vientre piriforme y prominente, que ostentaba una gruesa cadena de oro llena de dijes. Su tabaquera, de oro también, contenía un medallón lleno de cabellos, que le hacían culpable, en apariencia, de felices conquistas. Cuando su patrona le acusó de galanteador, el padre Goriot dejó aparecer en sus labios la alegre sonrisa del hombre cuyo flaco se ha halagado. Sus armarios estaban llenos de los numerosos cubiertos de plata de su casa. Los ojos de la viuda chispearon de codicia cuando le ayudó complacientemente á desembalar los cucharones, las cucharas, los cubiertos, los platos, las bandejas de plata sobredorada y otra porción de piezas más ó menos bellas que pesaban cierto número

de francos, y de los cuales no quería deshacerse. Aquellos regalos le recordaban la solemnidad de su vida doméstica.

—Esto—dijo á la señora Vauquer enseñándole un plato y una escudilla de plata, cuya tapadera representaba dos tortolitos dándose el pico,—esto es el primer regalo que me hizo mi mujer el día de nuestro aniversario. ¡Pobrecilla! consagró en ellos todas sus economías de soltera. ¿Ve usted, señora? preferiría morirme de hambre antes que separarme de este objeto. Á Dios gracias, creo que podré tomar mi café toda mi vida en esta escudilla, pues espero que no ha de faltarme nada para el resto de mis días.

Finalmente, la señora Vauquer había visto con sus ojos de pega algunos pliegos de papel del Estado, que, sumados vagamente, hacían suponer que aquel excelente Goriot debía tener de ocho á diez mil francos de renta. Desde aquel día, la señora Conflans de Vauquer, que tenía á la sazón cuarenta y ocho años efectivos, pero que sólo confesaba treinta y nueve, empezó á formar sus planes. Aunque el lagrimal de los ojos de Goriot estuviese inflado, lo cual le obligaba á enjugárselo con bastante frecuencia, su patrona comenzó á encontrarle agradable y distinguido. Por otra parte, sus pantorrillas carnosas y salientes, así como su nariz grande y cuadrada, pronosticaban cualidades morales que agradaban á la viuda, y que confirmaban la bondad é infelicidad del señor Goriot, el cual debía ser un animal sólidamente constituido, incapaz de gastar en sentimiento todo su ingenio. Sus cabellos, peinados todas las mañanas por el peluquero de la Escuela Politécnica, en forma de ala

de pichón, formaban cinco puntas sobre su frente deprimida y decoraban perfectamente su cara. Aunque un poco palurdo, el viudo iba siempre tan peripuesto, tomaba tan ricamente el rapé y estaba tan seguro de que no le faltaría nunca nada, que el día que se instaló en la casa de la señora Vauquer, ésta se acostó acariciando y proyectando la idea de dejar el sudario Vauquer para renacer Goriot. Casarse, vender su casa de huéspedes, dar el brazo á aquella flor de la burguesía, llegar á ser una dama notable en el barrio, proteger á los indigentes, hacer giras campestres los domingos á Choisy, Soissy y Gentilly; ir al teatro á su antojo, sin esperar los billetes de favor que le daban á veces algunos de sus huéspedes; he aquí lo que fué objeto de sus meditaciones. La señora Vauquer no había confesado á nadie que tenía cuarenta mil francos amontonados céntimo á céntimo, y desde el punto de vista de la fortuna se consideraba un partido aceptable. «Por lo demás, yo valgo tanto como él», se dijo dando una vuelta en la cama, como para demostrarse á sí misma los encantos que la gruesa Silvia encontraba moldeados todas las mañanas en el colchón. Desde aquel día, durante tres meses, la viuda Vauquer se aprovechó del peluquero del señor Goriot é hizo algunos gastos en su tocado, atribuyéndolos á la necesidad de dar á su casa un cierto decoro que estuviese en armonía con las personas dignas que la frecuentaban. Trabajó mucho para cambiar el personal de sus huéspedes, recalcando la pretensión de no aceptar en lo sucesivo más que gentes distinguidas por todos conceptos. Si algún extraño se presentaba, ella le hacía presente la preferencia que le había concedido el

señor Goriot, uno de los negociantes más notables y más respetables de París. Distribuyó prospectos, á la cabeza de los cuales se leía: CASA VAUQUER. «Era, decía ella, una de las posadas más antiguas y más estimadas del país latino, que tenía una de las vistas más agradables al valle de los Gobelinos (este valle se veía desde el tercer piso) y un bonito jardín, al extremo del cual SE EXTENDÍA un PASEO de tilos.» Enumeraba, además, en el prospecto, los buenos aires de la casa y la soledad. Estos anuncios le llevaron á la señora condesa de Ambermesnil, mujer de treinta y seis años que esperaba el final de una liquidación para cobrar una pensión á que tenía derecho como viuda de un general muerto en los *campos de batalla*. La señora Vauquer se esmeró en la mesa, encendió fuego en los salones por espacio de seis meses, y cumplió tan bien las promesas del prospecto, que tuvo que gastar más de lo que ganaba. Así se concibe que la condesa dijese á la señora Vauquer, llamándola querida amiga, que le procuraría á la señora baronesa de Vaumerland y á la viuda del coronel conde de Picquoiseau, dos amigas suyas que acababan el plazo que tenían pagado en el Marais en una posada mucho más cara que la casa Vauquer. Por otra parte, aquellas damas estarían en muy buena posición cuando las oficinas del Ministerio de la Guerra acabasen su trabajo, en cuyas dependencias, según la condesa decía, se daban poca prisa para el despacho de asuntos de la índole del suyo. Después de comer, las dos viudas subían al cuarto de la señora Vauquer y pasaban allí el rato charlando, bebiendo casis y comiendo golosinas reservadas para la boca de la patrona. La señora de Ambermesnil aprobó

los proyectos de la posadera respecto al padre Goriot, proyectos excelentes que ella había adivinado desde el primer día, pues parecía que el fabricante de fideos era un excelente sujeto.

—¡Ah! querida mía, es un hombre sano como una manzana—le decía la señora Vauquer á la condesa;— un hombre perfectamente conservado y que puede aún dar muchas satisfacciones á una mujer.

La condesa hizo generosas observaciones á la señora Vauquer acerca de su indumentaria, que no estaba en armonía con sus pretensiones.

—Tiene usted que ponerse en pie de guerra—le dijo.

Después de muchos cálculos, las dos viudas se fueron juntas al Palais-Royal, comprando allí un sombrero con plumas y una capota. La condesa arrastró á su amiga al almacén de la Petite-Jeannette, donde escogieron un traje y un chal. Cuando estas municiones fueron empleadas y la viuda estuvo sobre las armas, se pareció en un todo á la figura que ostenta el rótulo del *Bucy á la moda*. Sin embargo, ella se encontró tan favorecida con su nueva indumentaria, que se juzgó obligada á la condesa, y, aunque era poco dadivosa, le rogó que aceptase un sombrero de veinte francos. Á decir verdad, la posadera contaba molestarla para que sondase á Goriot y le inculcase la idea de hacerle la corte. La señora de Ambermesnil se prestó gustosa á este manejo y cercó al antiguo fabricante de fideos, logrando tener con él una conferencia; mas después de haberle encontrado púdico, por no decir refractario á las tentativas que le sugirió su deseo particular de seducirle por cuenta propia, salió indignada de su grosería, diciéndole á su querida amiga:

—Ángel mío, no sacará usted nada de ese hombre. Es ridículamente desconfiado, un usurero, un animal, un estúpido que no le dará más que disgustos.

Hubo tales cosas entre el señor Goriot y la señora de Ambermesnil, que ésta no quiso volver á verle más, y al día siguiente partió, olvidándose de pagar seis meses de hospedaje y dejando ropa que no valía ni cinco francos. Por activas que fueran las diligencias que hizo la señora Vauquer, no pudo obtener ningún informe en París acerca de la condesa de Ambermesnil. La viuda hablaba frecuentemente de este deplorable suceso, lamentando su excesiva confianza, no obstante ser más desconfiada que una gata; bien es verdad que en esto se parecía á muchas personas, que desconfían del prójimo y se entregan al primer llegado; hecho moral extraño y verdadero, cuya raíz es fácil encontrar en el corazón humano. Tal vez ciertas gentes no tienen nada que ganar con las personas con quienes viven, y después de haberles mostrado el vacío de su alma, se sienten secretamente juzgadas por ellas con severidad merecida; pero experimentando una invencible necesidad de la adulación que les falta, ó devorados por el deseo de parecer que poseen cualidades que no tienen, esperan sorprender la estimación en el corazón de aquellos que le son extraños, arriesgándose á ser víctimas de ellos. Finalmente, existen individuos que no hacen ningún favor á sus amigos ó á sus parientes porque se lo deben, mientras que favorecen á desconocidos, recogen así un halago para su amor propio, y, cuanto más cerca está de ellos el círculo de sus afecciones, menos aman. La señora Vauquer participaba, sin duda, de alguna de estas dos

maneras de ser esencialmente mezquinas, falsas y execrables.

—Si yo hubiese estado aquí—le decía el señor Vauquérin,—no le hubiese ocurrido á usted eso; yo, que conozco el mundo, hubiera desenmascarado á aquella tunanta.

Como todas las almas pequeñas, la señora Vauquérin acostumbraba á no salirse del círculo de los acontecimientos y á no juzgar sus causas, y gustaba de achacar á los demás sus propias faltas. Cuando tuvo lugar aquella pérdida, la viuda consideró al honrado fabricante de fideos como el principio de su infortunio, y desde entonces comenzó á desengañarse de él. Cuando hubo reconocido la inutilidad de sus mimos y de sus gastos de representación, no tardó en adivinar que su huésped no entraría en varas, y acabó por convencerse de que su acariciada esperanza descansaba en una quimera y que, según había dicho la condesa, que parecía ser mujer entendida, nunca sacaría nada de aquel hombre. Como es natural, su aversión fué mayor que su amistad, y su odio no estuvo en razón directa de su amor, sino de sus esperanzas frustradas. Si el corazón humano encuentra alivio subiendo los peldaños del afecto, rara vez se detiene en la rápida pendiente de los sentimientos odiosos; pero el señor Goriot era su huésped, y, por lo tanto, la viuda se vió obligada á reprimir las explosiones de su amor propio herido, á ocultar los suspiros que le causó aquella decepción y á devorar sus deseos de venganza como un monje vejado por su prior. Las almas mezquinas satisfacen sus sentimientos buenos ó malos con incesantes pequeñeces. La viuda empleó su malicia de mujer en inventar sordas persecuciones con-

tra su víctima, comenzando por suprimir lo superfluo que había introducido en la mesa.

—No ponga usted ya más anchoas ni pepinillos—dijo la patrona á Silvia el día en que se propuso reanudar su antiguo programa.

El señor Goriot era un hombre frugal, en quien la parsimonia necesaria á las gentes que tienen que hacer fortuna de la nada había degenerado en costumbre. La sopa, el cocido y un plato de legumbres habían sido y debían ser siempre su comida predilecta. La señora Vauquer no pudo atormentar, pues, á su huésped, cuyos gustos no podía herir de ningún modo. Desesperada al encontrar en él un hombre inatacable, se puso á desprestigiarle, é hizo que la aversión que sentía por Goriot contagiase á sus huéspedes, los cuales, por distracción, sirvieron sus venganzas. Á fines del primer año la viuda se había vuelto desconfiada hasta tal punto, que se preguntaba por qué aquel negociante que poseía siete ú ocho mil francos de renta, soberbios cubiertos de plata y alhajas tan buenas como las de cualquier marquesa, vivía en su casa, pagándole un hospedaje tan módico con relación á su fortuna. Durante la mayor parte de aquel primer año, Goriot había comido fuera de casa una ó dos veces á la semana, y luego, insensiblemente, había llegado á no hacer esto más que dos veces al mes. Las escapatorias del señor Goriot convenían demasiado á los intereses de la señora Vauquer para que ésta se mostrase descontenta de la frecuencia con que su huésped comía fuera de casa. Así es que tales cambios fueron atribuidos tanto á una lenta disminución de fortuna como al deseo de contrariar á su

patrona. Una de las costumbres más detestables de los espíritus liliputienses, estriba en suponer sus pequeñeces á los demás. Desgraciadamente, al finalizar el segundo año, el señor Goriot justificó las charlas de que era objeto, trasladándose al segundo piso y reduciendo su hospedaje á novecientos francos anuales. El pobre hombre necesitó hacer tan estrictas economías, que en todo el invierno no encendió fuego en su habitación. La señora Vauquer quiso que le pagase por adelantado, á lo cual se avino el señor Goriot, que desde entonces fué llamado el padre Goriot. Los huéspedes no tardaron en hablar de quién sería el primero en adivinar las causas de aquella decadencia. ¡Exploración difícil! Como había dicho la falsa condesa, el padre Goriot era un cazurro, un taciturno. Según la lógica de las gentes de cabeza hueca, indiscretos todos, porque no tienen más que cosas indiferentes que contar, los que no hablan de sus negocios es porque los hacen malos. Aquel negociante tan distinguido se convirtió, pues, en un bribón y aquel galanteador en un viejo raro. Según Vautrín, que fué por aquella época á habitar la casa Vauquer, el padre Goriot era hombre que iba á la Bolsa y que especulaba con la renta, después de haberse arruinado, ó bien uno de esos jugadores que se aventuran á ganar todas las noches diez francos al juego, ó ya algún agente secreto de policía, aunque Vautrín le consideraba poco astuto para serlo, ó ya un avaro que prestaba al sesenta por ciento, ó algún jugador de lotería. En una palabra, que le creían uno de esos seres misteriosos que son engendrados por el vicio, la vergüenza ó la impotencia. Pero por innoble que considerasen su